

LA ERMITA PATRONAL

Pocos molinenses habrán sentido como yo una punzada tan afilada y profunda en lo más íntimo del corazón, cuando se inició la demolición del viejo Santuario de nuestra amadísima Patrona. La verdad es que no me hacía a la idea de que una obra cinco veces centenaria se pudiera venir abajo en unas horas, a manos de hombres que «querían lo mejor para su Madre». Para mí lo «mejor» era el «símbolo», por encima del «simulacro», el «alma» por encima de la «materia».

Aquellos muros resquebrajados, aquellos ci-mientos falseados y aguanosos, aquellas pinturas desdibujadas y descoloridas, aquellos arcos vencidos y amenazantes, aquella vetusta arcaica, todo, todo, me hablaba un lenguaje de poesía maravillosa, de egloga romántica, de increíbles leyendas, de ingenuas peticiones, de fervorosas plegarias, de ardientes acciones de gracias, de llantos y alegrías, de amores y ternuras, de regazos cariñosos, de promesas y propósitos, de entregas y renunciamentos, de generaciones pretéritas y futuras, de recuerdos y añoranzas, del ayer y del mañana...

Aquel santuario encerraba en sus entrañas toda la historia, menuda y sencilla, de mi patria chica y ese dato era para mí tan importante y decisivo que muchos pudieran pasarse

a la hora de decidir la suerte de su destino. Pude protestar y no protesté, aun a sabiendas de que mi protesta caería en el vacío. ¿Para qué? ¿Sabe nadie lo que, en definitiva, será lo mejor? ¿No sería un acierto indiscutible lo del nuevo santuario?. Pasadas unas generaciones, este nuevo se habrá convertido en aquel modestísimo que nuestros antepasados del siglo XV alzaron junto a las márgenes del Segura, el mismo que reedificaron los Buenrostro en el siglo XVII y después en el XVIII. El mismo que, señorial y majestuoso, levantaron nuestros padres cuando el siglo XIX andaba por su ocaso.

Los años suelen soldar con tan genial maestría los variopintos aconteceres humanos, que mirados con perspectiva histórica no se advierten ni lagunas ni fisuras. Lo interesante es mejorar, avanzar, «crear», no estancarse jamás. Dar la cara a las dificultades, enfrentarse con los obstáculos y vencer a unas y a otros. Que es justamente lo que está realizando la ejemplar y dinámica Junta pro-Santuario. Los demás quedamos obligados a no abdicar de nuestra condición de molinenses e hijos de la misma bondadosa y cariñosa Madre, arrimando el hombro de acuerdo con nuestras personas y específicas posibilidades.

MANUEL ARNALDOS PÉREZ

